

# El juguete

Raúl E. Levín

## Introducción

Cómo acceder desde la teoría y la clínica psicoanalítica al juguete, tan difundido y a la vez poco explorado; universal en lo histórico y geográfico como propio de los niños, pero también con continuidades y derivaciones en la vida adulta.

Cómo considerar el producto de hallazgos de investigaciones arqueológicas, cuando se trata de piezas semejantes al objeto que tratamos, pero no puede discernirse si fueron implementadas para usos en ceremonias rituales, mágicas o religiosas, o si se aplicaron al juego infantil.

Por último, y de especial interés para los psicoanalistas: cómo conceptualizar ese objeto que habilita la creación de juegos a partir de los que el niño –ya hablo del niño en nuestro consultorio– despliega avatares hacia su estructuración en tanto sujeto, expresa conflictos, duelos, y nos da la pauta no sólo de su proceso analítico sino también de su trabajo psíquico hacia la consolidación de su “ser persona”.

A la manera de lo que ocurre con la constitución del fetiche, objeto que será considerado en nuestro estudio, el juguete está muy a la vista en la clínica infantil, pero a la vez escindido de la mirada teórica del psicoanálisis. Es significativo en ese sentido como dato que sustenta esta escotomización por parte del psicoanálisis, consignar que en el exhaustivo Índice Alfabético de las Obras Completas de Freud de Amorrortu Ediciones (que se corresponde con el de la *Standard*

*Edition*), no figura la palabra “juguete”. Si bien es cierto que Freud se ocupó en numerosos trabajos del juego infantil sin referirse particularmente al juguete, en algunos de sus aportes más relevantes (de los que nos ocuparemos más adelante) sobre el papel del juego infantil en la constitución del sujeto, menciona la palabra en el texto, sin que, como dije antes, esté incluida en el índice.

Quizás como precaución que puede parecer redundante, vale comentar que se trata de un tema que por su complejidad, extensión y pocos antecedentes bibliográficos no puede ser tratado en forma exhaustiva y mucho menos habilita a resultados conclusivos. Mi intención en este trabajo es fundamentalmente plantear las dificultades que pueden relacionarse a esta suerte de resistencia al estudio del juguete en tanto objeto por parte del psicoanálisis, e intentar algunas aproximaciones que den cuenta de su estatuto teórico y sus semejanzas y diferencias con otros objetos relacionados, que son de uso y circulación en la vida cotidiana.

Para iniciar el desarrollo de estas elaboraciones, quizás sea un buen punto de partida diferenciar lo que Winnicott denominó “objeto transicional”, del juguete.

### **Winnicott y el “objeto transicional”**

Si bien hay elementos que genéricamente pueden ser llamados juguetes, depende del uso que el niño haga de ellos la categoría en la que lo podamos ubicar: si como “objeto transicional” o “juguete”. También hay situaciones en las que sería difícil (e incluso innecesario) definir si un determinado elemento (no necesariamente tiene que ser un juguete tradicional) se corresponde a un “objeto transicional” o a un juguete. Recordemos que para el niño cualquier cosa de su entorno cotidiano puede ser elevado a la categoría de “objeto transicional” o juguete. Utensilios de limpieza o de cocina, almohadas, “sabanitas”, botones, hojas o ramas, piedritas o caracoles, ropa de los adultos que los rodean, y múltiples etc. pueden ser elegidos sin vacilación para jugar. Serán los padres y el entorno adulto del niño los que proveerán al niño de los juguetes convencionales que se corresponden a la época,

iniciándolos en las primeras aproximaciones a la cultura, la ideología y el *marketing* del momento.

Pero es de observación frecuente que el uso del “objeto transicional” o del juguete responde a una necesidad del niño, que se las va a arreglar para obtenerlo (y crearlo) con cierta autonomía de la eventual oferta adulta. Todos conocemos experiencias particulares de niños, que ya sea por pertenecer a culturas muy alejadas de la nuestra o debido a situaciones de indigencia se hacen de sus propios juguetes con lo que tienen a mano. A veces el niño eleva a la condición de juguete para su juego elementos originales o impensados para la mirada convencional, a pesar de contar con los que presuntamente serían tradicionales. Recuerdo haber visto en una playa a dos nenas jugando “a la familia” con una pequeña colección de caracolitos que ellas mismas habían recolectado. Quizás el hecho de que estos juguetes eran producto de su propia “invención” no era ajeno a la trama y a la concentración en la que estaban sumidas al jugar.

En cuanto a si los elementos a los que recurren tomarán el sesgo de “objeto transicional” o juguete, recordemos que referimos a calificaciones que provienen en buena medida de la mirada del observador, y que se corresponden a momentos del desarrollo emocional, que no necesariamente admiten una definición tajante. Un determinado osito de peluche puede cumplir la función de “objeto transicional”, o ser utilizado como juguete. O incluso puede ser objeto de distintos usos en diferentes momentos, o tener rasgos de ambos. Debemos agregar también que si bien el “objeto transicional” aparece en una etapa del desarrollo más prematura que el juguete, no por eso desaparece del todo en el acontecer de la maduración, y tendrá sus sucedáneos a lo largo de toda la vida.

Pero el rigor y la sutileza de la observación winnicottiana del “objeto transicional” puede contribuir a que delimitemos conceptualmente ese otro objeto al que llamamos “juguete”, que tiene otra función y a la vez genera otro juego en el niño.

En su libro *Realidad y juego*,<sup>1</sup> Winnicott sugiere una secuencia

<sup>1</sup> Winnicott, D.W. *Realidad y juego*. Granica editor. 1972. Buenos Aires.

desde lo que llama precursores, hacia el “objeto transicional” y luego el juguete, aunque este último queda más bien denotado y queda fuera de su exploración. De todos modos dicha secuencia no es estrictamente cronológica, dado que cada paso no anula el anterior sino que de alguna manera lo incorpora.

Por su riqueza, originalidad y amplitud en lo observacional, clínico y teórico, sería infructuoso el intento de reseñar y más aún de sintetizar las ideas de Winnicott contenidas en este libro.

Si bien comienza haciendo una breve mención a anteriores autores (Gaddini, Solomon)<sup>2</sup> que describen fenómenos propios de la vida inicial del bebé a las que denominan “objetos precursores”, Winnicott incorpora dichos hallazgos como variaciones de lo que genéricamente va a denominar fenómenos transicionales. Estos fenómenos aluden a la experiencia gradual y compleja que conduce hacia la experiencia sensible de adquisición de un objeto no-yo en un trayecto de desprendimiento y delimitación de un momento inicial de fusión e indiferenciación emocional y experiencial al cuerpo y la función materna.

Vale por todas las derivaciones que pueden hacerse de ella, citar la primera de las muchas definiciones de los fenómenos de los que se va a ocupar:<sup>3</sup> “Introduzco los términos ‘objetos transicionales’ y ‘fenómenos transicionales’ para designar la zona intermedia de experiencia entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado, entre el desconocimiento primario de la deuda y el reconocimiento de ésta (‘Di’ ‘ta’)”.

Puede inferirse que lo que va a introducir es la designación de una “zona intermedia”, “entre” diversas experiencias que transcurren en un espacio (luego agregará “y un tiempo”) del que se originan el “objeto” y los “fenómenos transicionales”.

El “objeto transicional” es entonces un efecto, representativo de este espacio-tiempo intermedio “entre” bebé y madre.

Una de las cuestiones inéditas que incorpora Winnicott con la

<sup>2</sup> Winnicott, D. (1972) *Ibid.* p. 13.

<sup>3</sup> Winnicott, D. (1972) *Ibid.* p. 18.

introducción de una zona intermedia es la ruptura con la concepción psicoanalítica tradicional que supone un mundo interno nítidamente diferenciado (salvo en determinadas patologías) de un mundo externo, con un certero trazo que delimita el Yo del no-Yo.

Vale enfatizar que la mirada de Winnicott se centra en una “zona intermedia” de la que el “objeto transicional” puede ser su representante pero no el único fenómeno derivado. También incluye la fantasía, la creatividad, y el intercambio activo, sensible y productivo relacionado a la vida cultural y social.

Estos fenómenos originados en la zona intermedia se relacionan al gradual desasimiento de una relación única, primaria, primordial y fusional con la madre, para dirigirse hacia otros objetos novedosos que el niño va explorando e incorporando a su mundo anímico. Refieren a un tramo de la vida, como lo consigna la cita anteriormente anotada, que transcurre entre el erotismo oral (aunque éste pronto se constituirá en un órgano de exploración del mundo circundante) y la verdadera relación de objeto.

Este libro está enteramente dedicado al estudio de los fenómenos transicionales. Intentos de teorizarlos, testimonios de la clínica y la observación, alusiones literarias. El estilo de escritura se experimenta como coloquial con el propio lector, como si el mismo libro fuera un espacio común del que participan en su creación a la vez el que lo escribe y el que lo lee.

El “objeto transicional” es enfocado desde distintos puntos de vista y en distintos momentos del desarrollo. Se desprende de su estudio la implicación recíproca casi incondicional que representa en la relación madre-bebé. El “objeto transicional” intenta prorrogar una ilusión de completud.

La palabra “padre” casi no circula y si la detectamos impresa, es generalmente relacionada a una situación circunstancial o contingente. Es que suponemos que para el bebé la madre es experimentada como inherente a su propia existencia, su seguridad y su sobrevivencia. Y el “objeto transicional” *es* (no es un símbolo sustitutivo) aquello de *ella* de lo que aún no puede prescindir. Puede ser manipulado, trasladado, asignársele cualidades y potencialidades propias de la

madre. Es una extensión de esa madre que gradualmente deja notar déficits que el bebé progresivamente debe resolver.

El “objeto transicional” resguarda los restos de la anterior ilusión de continuidad e indiferenciación madre-bebé.

La madre de un niño de 3 años me contaba que en una oportunidad, al acostarlo antes de dormir, su hijo no aceptó la almohada que le ofreció, y optó por una de las tantas que se hallaban dispersas sobre la cama. “¿Por qué elegiste *ésta*?”, le preguntó. “Porque *ésta* me cuida”, contestó el niño.

A diferencia de la madre, de la que puede decirse al comienzo es una extensión del mundo del bebé, del que éste se irá diferenciando, el padre se presenta como una aparición.

Pero ya estamos abandonando la lectura de este libro de Winnicott en el que a través de su aguda percepción y originalidad nos introdujo no solamente a la idea de los “fenómenos transicionales”, sino también de una forma más extensiva a los primeros tramos de la vida emocional del humano.

El ingreso del padre está relacionado a la posibilidad de elevar determinados elementos a la categoría de juguetes, incorporándose así no sólo una nueva categoría de objeto sino también otra cualidad de juego.

El juguete abre una brecha por intercesión del padre. Dicha brecha en la incondicionalidad madre-hijo se relaciona a la interdicción incestuosa, que es a la vez castración. Introduce dolorosas nociones relacionadas a la temporalidad (transitoriedad), al origen, la muerte, la exclusión (que es de otra índole que la mera separación), la sexualidad de la pareja paterna. Incorpora necesidad (y posibilidad) de introducir representaciones que tomarán el valor de símbolos que amortiguan la angustia ante requerimientos existenciales que quedan en una formulación sin respuesta. Estos interrogantes serían intolerables si no se accediera a recursos de elaboración y a la vez de ilusión, ya que las problemáticas aludidas nunca se van a resolver. Entre estos recursos está la producción de “teorías” (entre ellas las teorías sexuales infantiles), creaciones imaginarias, sueños, síntomas. Y por supuesto la creativa posibilidad de desplegar juegos con juguetes.

Aunque se trate de recursos ilusorios, son eficaces en la modulación

de la angustia ante el acceso al saber de la propia imposibilidad, de la que deriva un alto grado de vulnerabilidad y falta de respuestas conclusivas acerca de la propia existencia.

Relaciono entonces al “objeto juguete” con este reacomodamiento derivado de la aparición del padre, modificando estructuralmente el escenario emocional y social del bebé, incluyendo la incorporación de un lenguaje discursivo paterno que de ahora en más va a ocupar un lugar en su definición hacia su constitución en tanto sujeto.

Para aproximarnos si no a una definición, aunque sea a la posibilidad de una delimitación del concepto de juguete, vamos a partir de la mención quizás más paradigmática de Freud al juego, que es aquella en la que describe el “juego del carretel”, en “Más allá del principio del placer” (1920).

### **Un juguete histórico del psicoanálisis: el carretel**

Freud menciona en diversas oportunidades el juego infantil.<sup>4</sup> Sin embargo, la alusión más exhaustivamente estudiada por los psicoanalistas es aquella en la que relata e interpreta el juego de un niño de año y medio con un carretel, en el contexto de considerar al juego infantil entre otros fenómenos, como ejemplos sobre los que va a iniciar el desarrollo de sus nuevas ideas acerca de la compulsión a la repetición y la pulsión (de muerte). Pienso que en el informe sobre la observación de este juego, Freud introduce las bases de lo que define al juguete y su diferencia de otros objetos que circulan en la vida cotidiana del humano. Voy a citar algunos de estos párrafos de Freud, para luego hacer algunas puntuaciones relacionadas a la introducción del concepto de juguete desde el punto de vista del psicoanálisis. Me permitiré transcribir en cursiva algunas palabras que quiero destacar de la cita, para facilitar mi exposición posterior.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Levín, R. E.: “Citas más importantes sobre el juego infantil en la obra de Sigmund Freud”. Ficha docente del Seminario de Psicoanálisis de Niños del Instituto de Formación de APdeBA. 1992. Biblioteca APdeBA-IUSAM.

<sup>5</sup> Freud, S. “Más allá del principio del placer” (1920). *Obras completas*. Amorrortu editores. Tomo XVIII. Págs. 14-15.

“Ahora bien, este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de la cama, etc., todos los *pequeños objetos* que hallaba a su alcance, de modo que no sería fácil alcanzar sus *juguets*. Y al hacerlo *profería*, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado ‘o-o-o-o’ que, según el juicio coincidente de la madre y de este observador, no era una interjección, sino que ‘*significaba*’ ‘*fort*’ (se fue). Al final caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus *juguets* que el de jugar a que ‘se iban’. Un día hice una observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo para jugar al carrito, sino que con gran destreza, arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo ‘o-o-o-o’, y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando su aparición con un amistoso ‘*Da*’ (acá está). Ese era pues, el juego completo, el de desaparecer y volver.

“La *interpretación* del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran *logro cultural* del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la partida de la madre. Se resarcía, *escenificando por sí mismo*, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar”.

Voy a tomar literalmente alguna de las palabras de los párrafos citados para introducir a una aproximación que me permita delimitar el concepto de juguete.

Si los *pequeños objetos* que arroja el niño vuelven transformados en *juguets*, ya puede hacerse una *interpretación a posteriori* de que ese movimiento ha conformado una trama significativa. Hay un libreto, en el que el juguete es el protagonista que representa al niño, que nos dice: “ella se fue (pero fui yo el que la alejó) y soy yo el que la recupera. Soy el sujeto que manipula su ausencia y su presencia”.

Los *pequeños objetos* (y luego el carretel) cobran significación dentro de una narrativa. El objeto que el niño arrojó vuelve transfor-

mado en *juguete*; ha demostrado que ha cumplido su rol de significar una escena que materializa el poder del deseo del niño de poseer a la madre aun en su ausencia (o su desaparición).

Este movimiento de juego protagonizado por el juguete, está sustentado en el lenguaje significante. El juguete es un elemento inmerso en una narrativa afín al deseo del niño.

El juego con juguetes configura un texto. En las dos situaciones de juego descritas el niño acompaña la acción emitiendo las palabras que la subyacen. Subtitula en voz alta como suelen hacerlo los niños pequeños. También chicos más grandes, en edad de latencia, suelen contar en voz alta lo que ocurre mientras despliegan su juego (y esto puede ser independiente de si tienen un testigo que escucha). Lo más frecuente es que las palabras no se digan o aun que estén reprimidas. La narrativa espontánea que se expresa en juego y la palabra en que se apoya, es un sucedáneo de la asociación libre del adulto.

“El juego del niño se presenta como un texto a descifrar” dice Maude Mannoni.<sup>6</sup> Un poco más adelante<sup>7</sup> esta autora agrega que los juguetes no son símbolos sino significantes. Al jugar los niños “*Pueden llegar a crear sentido con cualquier cosa*”. Es decir que “*cualquier cosa*” puede ser elevada a la función de objeto juguete, es decir significantes de un alcance y una polisemia sin límites, con el sentido que le atribuye el deseo del niño.

En ese sentido podemos decir que el juguete cumple la función del significante en un lenguaje, aunque se diferencia del significante convencional saussuriano, en que no necesariamente tiene un significado relativamente universal y compartido, sino atribuido en forma discrecional, subjetiva y singular por el niño que juega con él. Del contexto de la situación clínica, el analista develará significados (en plural porque pueden renovarse) del juguete. Vale añadir que para dilucidar este significado hay que tener en cuenta que el juguete está muy cargado de atribuciones de la transferencia con el analista.

<sup>6</sup> Mannoni, M. *El niño, 'su enfermedad', y los otros*. Ediciones Nueva Visión. 1982. Buenos Aires. p. 22.

<sup>7</sup> Mannoni, M. (1982) *Ibidem*. p. 24.

En el juego con juguetes, entonces, hay significantes, una gramática, y una narrativa cuyo sentido inconsciente puede ser develado como se hace del relato del adulto en sesión.

El juguete se define a sí mismo en la complejidad de su participación del lenguaje significante. Es muy distinto al usufructo que el niño hace del “objeto transicional”, que no necesita de interpretación: su uso y beneficio inmediato trasciende y es comprendido a primera vista por el eventual observador.

### **La aparición del padre (y del otro)**

Para el niño cuyo juego describe Freud, la madre no está. No hay angustia ante una alarmante pérdida, tampoco resignación. Hay juego. Se ha constituido un logro: un recurso de elaboración, que da lugar a una participación activa de la vida mental en la restitución de la pérdida. Ese recurso es el lenguaje, y el juego con juguetes una de sus manifestaciones.

El padre, entre muchas acepciones, fundamentalmente como protagonista en el plano de la sexualidad y el Edipo, es representante *también* de la aparición del otro.

Del otro que traumáticamente quebranta la dualidad, la completud madre-hijo. De *eso* que pasa a ser fragmentado y se transforma en la ilusión de algo a recuperar. Es ilusión porque a la vez contraviene lo que no puede dejar de saberse a partir de la usurpación del anterior sentimiento de totalidad, que ahora es utopía. El mundo pasa de ser “soy uno” a “soy uno de y entre otros”.

La castración no se entiende solamente en términos de la sexualidad (aunque en ella reside su mayor expresión), sino fundamentalmente como una operación lógica. Impone un angustioso saber acerca de la imposibilidad de totalidad y completud (involucrando en ello al saber mismo).

La castración no refiere solamente a la amenaza paterna sobre la relación del hijo con la madre. Está en juego la unicidad narcisística del mundo mental. Si el niño se completaba en y con la madre, sin ella está incompleto.

La desaparición de la madre es la de la completud, y esto es lo que el juego intenta resarcir. Intentará restañar la pérdida en forma compulsiva y reiterada, porque nunca será exitoso en el cumplimiento de su fin. La aparición del tercero (del otro) torna el pasaje a la incompletud en un estadio sin retorno, aunque no puede evitarse el intento interminable e incoercible de volver a esa relación primigenia e incondicional madre-hijo.

La castración proviene de la aparición del otro, y la sexualidad del padre y la madre es la dolorosa comprobación de que la madre también es otro para el niño, además de que el niño es otro para la madre.

Mediante el juego, en el que el juguete es a la vez el niño y el otro, hay un intento de dominar este quedar librado a la corroboración de ser “uno más”, con el dolor narcisístico a veces intolerable de la pérdida del sentimiento de ser único en un mundo de exclusividad con la madre.

### **La carga ominosa del juguete**

El juguete lleva inscripta esta noción del otro que vemos y nos ve, que es a la vez un nosotros en el que nos transformamos. Un nosotros y otro que alojan a la vez un inconsciente al mismo tiempo familiar y desconocido, una amenaza que no sólo proviene de uno mismo sino también del otro. Lo especular no es sólo un fenómeno óptico; nos vemos en el otro. Y en el otro presentimos o vemos lo otro de nosotros. Es amenaza porque puede alojar en su destructividad nuestra propia destructividad, la pulsión de muerte. El juguete es yo, el otro, el analista, conjugados o desplegados en distintas unidades, que interactúan en un guión que intenta elaborar o al menos exonerar lo pulsional intolerable, inadmisibile. En el juego el juguete representa al otro que soy yo, es decir a mí y mi réplica que contiene lo ominoso. Por eso la enfatización de la mirada, centrada en el ojo del otro. Lo amenazante del ojo en relación a la castración. Freud se detiene en “Lo ominoso” (1919)<sup>8</sup> en reseñar el cuento de Hoffmann “El hombre de la arena”,<sup>9</sup> en

<sup>8</sup> Freud, S. (1919) “Lo ominoso”. *Obras Completas*. Amorrortu editores. Tomo XVII.

<sup>9</sup> Hoffmann, E.T.A. En *Cuentos fantásticos*. “El hombre de la arena”. Ediciones Corregidor. 2005. Buenos Aires. ps. 77 a 118.

el que hay tanto una alusión al terror proveniente del órgano ojo del otro, su destrucción o su amenaza, o de la atribución del carácter de otro a un muñeco (en este caso la muñeca Olimpia) que remite a la mítica fantasía de la construcción de réplicas humanas que cobran vida sin estar vivas (Frankenstein, El Golem), así como la innumerable serie desde los albores de la historia de la cultura encarnados en títeres, marionetas, y muchos otros, entre los que desde ya se incluyen como juguetes infantiles muñecas y muñecos, a los que artificialmente, mediante procedimientos mecánicos, se los hace funcionar como si tuvieran vida propia a pesar de ser artificiales (desde los míticos autómatas con mecanismos de relojería, hasta las difundidas muñecas que movían los ojos o emitían algún sonido). Son humanos deshumanizados, tan disociados y a la vez tan símiles de nosotros, que contienen lo ajeno y lo familiar a la vez, fundamento de lo ominoso, como lo es también la noción de ser sujetos habitados por un inconsciente que nos es propio y determinante de nuestra subjetividad, a la vez que ajeno en nuestra posibilidad de aprehenderlo.

El juguete, por lo tanto es un portavoz (¡aunque sea no audible!) con el que el niño juega, quitando, transformando o añadiendo atribuciones, con el fin de crear una posibilidad de acceder a lo pulsional terrorífico o placentero, intentando manipular lo ominoso de los efectos del desconocimiento de sí, y ensayando estrategias de la vida para convivir con lo inaceptable.

Replicar lo que es la propia vida hace también del juguete un elemento de investigación y conocimiento. La exploración de los componentes de su fabricación, la posibilidad de probar su fortaleza, desarmarlo en sus componentes y aun destruirlo con agresividad son formas de exploración y búsqueda de quién se es, incluyendo la posibilidad de hallar el misterio que alojamos. Por eso considero que eventuales mecanismos o detalles de la construcción del juguete tienen que ser accesibles a una lógica, como lo es el inconsciente cuando es develado por el analista desde la razonabilidad de una teoría y los efectos de una experiencia personal como analizado.

A pesar de haber sido escritas en una época lejana al desarrollo tecnológico actual (o quizás precisamente por eso) pienso que cobran

validez en ese sentido algunos comentarios de Walter Benjamin: "...es natural que el niño comprenda un objeto de naturaleza rústica, mejor que otro procedente de un complicado proceso industrial". Enfatiza en otra cita que para el cumplimiento de este rol del juguete relacionado a su función epistemológica (saber sobre el origen, la sexualidad, el cuerpo, la muerte) lo importante que es para el niño poder "imaginarse cómo fueron hechos. Es esto, precisamente, lo que quiere saber, lo que le permite establecer una relación viva con las cosas".<sup>10</sup> De otro trabajo publicado en el mismo libro, extraemos otra cita:<sup>11</sup> "...en cuanto a los juguetes se refiere, la verdadera sencillez no se halla en las formas, sino en la transparencia del proceso de fabricación".

Estas consideraciones relacionadas a lo inherente al juguete mismo, a una accesible lógica acerca de su funcionamiento como fundamento de la investigación a la que se ofrece, me hace pensar cuántos juguetes son así denominados aun cuando sobrepasan la posibilidad de entender su funcionamiento, especialmente cuando mediante algún procedimiento técnico tienen una cierta autonomía. Si el niño se apropia de la cuerda de un pequeño automóvil, la desarma, comprende el porqué de sus resortes, sus engranajes, la interconexión de sus piezas, seguramente va a estar intentando aplicarlas a una teoría acerca de cómo funciona el cuerpo, la vida, y sin saberlo –por supuesto– su propio inconsciente. No sería lo mismo cuando el juguete se basa en una tecnología que deriva en que el movimiento propio, aún cuando pueda ser manipulado por el niño, no sea siquiera pasible de una representación. Es lo que pasa actualmente con muchos juguetes informáticos, cuyos procesos de funcionamiento son difíciles de incorporar como un saber al alcance de la mente infantil. Se los sabe usar, pueden brindar entretenimiento, pero sería discutible (aun para el adulto) tener una representación de sus fundamentos que no sea sólo una comprensión intelectual. La hermeticidad acerca de porqué un

<sup>10</sup> Benjamín, W. (1930) "Juguetes rusos". En *Escritos, la literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1989. p. 113 y 114.

<sup>11</sup> Benjamín, W. (1928) "Juguetes y juego. Comentario sobre una obra monumental". *Ibíd.* 1969. p. 92.

autito responde a un control remoto, es semejante a la idea de un sujeto con sus formaciones del inconsciente clausuradas en su acceso a la consciencia.

### **Caracterización del juguete**

En sí mismo o como participante de un juego, el juguete es un elemento que aloja una necesaria y compulsiva actividad de investigación acerca de los interrogantes que la vida le va ofreciendo al niño. Si tomamos al juego como lenguaje, el juguete puede ser comparado al significante. Pero esto es más por su lugar en la estructura narrativa que por su semejanza con el significante saussuriano. La posible y en algún sentido acotada polisemia de éste, es totalmente excedida por los significados que pueden encarnarse en un juguete. Nunca podría hacerse un diccionario de lo que significa un juguete, tal lo inconmensurable de sus acepciones según el juego desplegado por un niño. Por otra parte, a diferencia del significante, el juguete puede ser desechado, o alterarse su significado según arbitrio del guión que protagoniza. En la búsqueda de un sentido para la comprensión de “las cosas de la vida”, el juguete tiene una versatilidad que lo diferencia del significante.

La flexibilidad del juguete derivada de la posibilidad de admitir diferentes acepciones, puede hacerle perder su carácter significativo, si éste irremediablemente lleva a un límite a partir del cual la angustia es excesiva. Hay la posibilidad en este caso que se altere el significado del juguete en el juego, pero también de que se extinga su condición significativa, siendo investido y revestido por atributos mágicos, omnipotentes, o ilusorios, con los que se logrará transitoriamente modular la angustia a la que llevó el intento de encontrar un sentido que la resuelva. Por supuesto esta variante congela al juguete en tanto instrumento del juego en busca de elaboración y conocimiento.

Esta posibilidad de detención del proceso epistemológico cuando lleva ante los umbrales de lo terrorífico, aproxima al juguete a la función muy estudiada por el psicoanálisis del objeto fetiche. Este objeto, fue abordado por Freud en su conocido trabajo “Fetichismo”

(1927).<sup>12</sup> En él se describe este objeto que puede pasar inadvertido para el observador (aun para el psicoanalista), que tiene la función de detener la mirada en un límite preciso antes de la imagen de la castración, supuesta (porque es irrepresentable) en la visión del genital femenino (aunque el sólo hecho de nominarlo es un artificio para referirse a la falta). El fetiche representa el pene del que la mujer carece, y debe tener características que le permitan esta operación de sustitución para que su función sea eficaz. Entre dichas características, no sólo juega la imaginarización de zonas del cuerpo femenino (o ropas o accesorios de su vestimenta) que representan al pene, sino también combinaciones significantes que apuntalan la suficiencia de sus efectos.<sup>13</sup>

El juguete puede adquirir este poder de detención del trayecto hacia la castración, aunque si en eso quedara, perdería su condición de juguete. Esta función mágica es más bien transitoria, y a diferencia de la fijeza del fetiche, puede movilizarse nuevamente en su función activa de juego, o desecharse para ser sustituido.

La relación posible entre el juguete y el fetiche es de proximidad. Pero ambos objetos pueden ser bien diferenciados.

El juguete es un elemento que participa activamente de una aventura de exploración permanente relacionado al sentido de la existencia. El niño le atribuye una exquisita y amplia variabilidad según las instancias de la elaboración por las que transita. Si la angustia excesiva detiene su función en el juego, habrá la posibilidad de detención (como en el caso del fetiche), pero también de variar su alcance (por ejemplo de transformar su esencia significativa en un atributo omnipotente). También puede ser sustituido por otro juguete, interrumpirse o modificarse el juego. Se ensayará otro juego con los mismos u otros juguetes. Otro juego que movilizará nuevamente el proceso, quizás buscándole otro guión, otra modalidad, ya sea para atravesar el límite de detención anterior, o para acceder nuevamente a él, con menor

<sup>12</sup> Freud, S. (1927) "Fetichismo". *Obras Completas*. Amorrortu Editores, Tomo XXI.

<sup>13</sup> Rosolato, G. "El fetichismo cuyo objeto se sustrae". En: *Acto psicoanalítico. Teoría y clínica*. Compilador: J. D. Nasio. Nueva Visión. Buenos Aires. 1974. p. 119-131.

angustia y la posibilidad de saber más acerca de ese tope aun cuando se reitere como punto más allá del cual no se puede avanzar.

El fetiche, por lo contrario, tiende al congelamiento, a la eficacia eventual de la inmovilización del trayecto hacia el límite de la castración, para eludirla y no quedar atrapado en la angustia que se desprende y en sus efectos de inhibición.

El juguete es entonces un objeto que le permite al niño replicar su propio ser, al otro, al entorno, a las relaciones entre las personas que lo rodean, la vida de los adultos que serán su propio futuro, “establecer una relación viva con las cosas”, como dice Walter Benjamín en la cita anteriormente anotada.

El niño se reflexiona en el juguete, si le atribuimos a la palabra “reflexión” a la vez su significado en el plano especular, como el de la elaboración emocional e intelectual.

### **Otros objetos cotidianos que pueden relacionarse con el juguete**

A lo largo de un extenso período de la infancia, el juguete (y el jugar con él) contribuye a que el niño pase de la pérdida de una relación de incondicionalidad y completud con un objeto madre, a un ensayo de cómo relacionarse consigo mismo y con el entorno social, en una trama marcada por leyes, códigos y limitaciones a los que tiene que comprender para su propia sobrevivencia. Sabrá también que el límite que tiene ante sí, inherente a la propia existencia en tanto humano, es la marca de la castración y la angustia que de ella deriva. Esto lo definirá en tanto sujeto.

Queda planteado el interrogante acerca de por qué a partir de cierta etapa, el juguete comienza a ser descartado. Esto suele ocurrir en la prepubertad cuando se despiertan los intereses y las inquietudes relacionadas con la sexualidad como novedad, a la vez que se impone una carnadura pulsional que será central en la búsqueda de satisfacción y en el establecimiento de otras prioridades y códigos en los vínculos personales.

Lo que previamente era una escenificación mediante el juego, gradual y dolorosamente se transforma en el escenario sexual y social en el que transcurre la vida adulta.

La compleja relación entre pulsión y cultura pasa del ensayo a través del juego infantil a la necesidad de ser asumida en el mundo adulto para la que el niño se vino preparando.

Sin embargo, en la vida adulta, son muchos los objetos que pueden ser considerados herederos o aun sucedáneos de lo que en la niñez fue el juguete. En lo cotidiano nos hallamos con una trama de objetos que pueden tener mayor o menor familiaridad con el juguete, pero que tienen algo en común con sus funciones. Algunos son descriptivamente tan semejantes, que me llevaron a anotar al principio de este trabajo, que un arqueólogo puede encontrar objetos que si no pueden ser contextualizados respecto a las funciones que cumplieron en una determinada cultura, sería difícil dirimir si se trata de un juguete o por ejemplo un objeto de uso para ceremonias o rituales religiosos.

Voy a realizar un breve listado de algunos de estos objetos que pueden ser relacionados al juguete, que pueden tener una función determinada en la cultura, en ciertas patologías y muy especialmente para que le sean atribuidas características míticas, mágicas o religiosas.

El que quizás puede ser considerado central en esta trama de objetos es el *fetiché*, que ya fue mencionado. El juguete puede compartir con el fetiché muchas características, teniendo en cuenta que ambos, de diferente modo, tienen la función de morigerar la angustia de castración. Ya me referí a que es inherente al uso del juguete la producción de un relato elaborativo, relacionado a la búsqueda de un saber que propicie transformaciones. Este rol activo contrasta con la función de inmovilizar procesos psíquicos o percepciones angustiosas a la que tiende el objeto fetiché.

Sin embargo, un objeto considerado descriptivamente como juguete, puede cumplir una función fetichística, o pasar a otras formas que desnaturalizan su dinámica propia. Tal por ejemplo cuando se lo utiliza como *objeto de colección*, formando parte de verdaderos museos que los transforma en objetos despojados de las funciones que les atribuye el niño. También pueden conservarse los juguetes como *reliquias*, que si bien han cumplido su momento trascendental en el período infantil, en el adulto (o aun en niños en edad de latencia, púberes o adolescentes) sólo evocan o aun disipan el clima a la vez

atractivo pero también angustioso con que ese juguete participó en la infancia.

Las atribuciones mágicas a juguetes u objetos semejantes pueden ser relacionados con la constitución de *talismanes* y *amuletos*, así como es frecuente que poderes esotéricos se asocien a prácticas como el conocido “mal de ojo” en el que un juguete (en general muñecas) son utilizados para transmitir mediante hechizos “un mal”, utilizando diversos procedimientos (pinchar con agujas los ojos u otras partes del cuerpo). Procedimientos semejantes pueden ser empleados con objetivos opuestos, como por ejemplo producir “sanaciones”.

También las religiones pueden recurrir a objetos que van a estar incluidos en sus liturgias, tales los *objetos de devoción* o de *culto*. Los *exvotos* se ofrendan como agradecimiento ante una supuesta intervención divina o “milagro”. Pueden ser apreciados expuestos en subsuelos de catedrales o basílicas. Representan al acontecimiento en que incidió para bien un acto divino, y pueden ser de modalidad muy diversa, como escenificaciones, maquetas, prótesis (en casos de curaciones). Pero pueden ser concretamente juguetes los que se ofrecen para representar un deseo cumplido o una tragedia conjurada.

Muchos otros *objetos sacros* participan activamente o forman parte de la ambientación de ceremonias religiosas.

Las *mascotas*, aunque seres vivos, pueden ser un objeto con el que se establece relaciones dinámicas semejantes al juguete o al objeto transicional.

También debemos incluir en esta serie el *objeto acompañante* del fóbico, con tantos atributos en común con el objeto transicional, el juguete y el fetiche.

Un caso especial es el del *objeto estético*, que captura al espectador con un efecto derivado de un monto de angustia modulada y cualificada, como para fascinarlo ante representaciones que en otras condiciones podrían ser terroríficas o inaceptables. Me ocupé de describir este objeto que tiene especial interés en la clínica psicoanalítica en un trabajo sobre el dibujo del árbol que realizó el paciente de Freud al que conocemos como “El hombre de los lobos”.<sup>14</sup>

He querido en este apartado transmitir a través de un listado incompleto (una enunciación exhaustiva sería imposible por inconmensurable), las relaciones de proximidad que tiene el juguete con otros objetos que son parte de la vida cotidiana. Todos tienen algo en común o son directas derivaciones de continuidad con el juguete del juego infantil. Pero muchos de los objetos mencionados (y otros) por su índole y por su participación incorporada a la vida cotidiana se nos pasan desapercibidos en cuanto a su condición.

### **No todos los juegos son con juguetes. Extensión de la palabra juego**

La palabra “juego” refiere a tantas actividades relacionadas a lo propiamente humano, que desborda la posibilidad de realizar un listado de ellas. Abarca experiencias de entretenimiento, competencia, deportes, resolución de acertijos, aventuras, desafíos, manipulaciones en los vínculos personales, juegos “de salón”, modalidades de aproximación y satisfacción en las relaciones sexuales, escenificaciones... Esta incompleta y variopinta exposición da una idea de todo lo que puede ser abarcado bajo la denominación de juego.

Hay muchos textos clásicos referidos al juego. Citamos entre ellos al *Homo ludens* de Huizinga<sup>15</sup> y *Los juegos y los hombres* de Callois.<sup>16</sup>

Este último autor clasifica los juegos en 1) Agón: de competición, 2) Alea: de azar, 3) Mimicri: de mimetismo y 4) Ilinx: de torbellino, vértigo. Alude a actividades que no refieren a ninguna edad de la vida en particular

En estos libros casi no hay alusión al juego propiamente infantil, ni al juguete, como objeto propio de esta etapa de la vida.

<sup>14</sup> Levín, R.E. *La escena inmóvil. Teoría y clínica psicoanalítica del dibujo*. Lugar Editorial. Buenos Aires. 2005. Capítulo VIII.

<sup>15</sup> Huizinga, J. *Homo Ludens*. Alianza/Emecé. Buenos Aires. 2002.

<sup>16</sup> Callois, R. *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. Fondo de Cultura Económica. México. 1994.

En este amplísimo espectro de actividades humanas que cae bajo la denominación de juego, el punto de vista psicoanalítico del juego infantil, y particularmente del juguete que participa de determinados juegos, es un microcosmos.

Pero aun en la interioridad de la teoría psicoanalítica, el juguete pareciera haber sido un objeto que ofrece resistencias a ser develado en sus aspectos conceptuales. Quizás sus contenidos relacionados a lo ominoso y a sus relaciones con lo pulsional, así como los derivados angustiosos que por lo tanto le son implícitos, han contribuido a que pase desapercibido como objeto de estudio, a pesar de su protagonismo en la clínica a partir de Melanie Klein.

Me parece significativo, remarcando la posible acepción del juguete como elemento resistencial para el psicoanálisis, referirme a un histórico caso de análisis infantil pre-kleiniano. Se trata del caso de Arpad, de 5 años, presentado por Sandor Ferenczi en 1913.<sup>17</sup> No voy a reseñar este historial. Solamente mencionar que en una entrevista Arpad realiza el dibujo de un gallo. Entonces Ferenczi le pide que le cuente la historia del gallo. “Pero ya estaba aburrido y quiso volver a sus juguetes. Dado que la investigación psicoanalítica directa era imposible, tuve que limitarme a lograr que la dama interesada en el caso, que era una vecina y amiga de la familia y que lo podía observar durante horas a la vez, anotase gestos y comentarios curiosos.”<sup>18</sup> Para un psicoanalista de niños post-1920 sería inaudito considerar que “volver a sus juguetes” clausurara la posibilidad de análisis. Por lo contrario, pensaría que quizás estuviera a punto de iniciar un juego con juguetes, que podría contribuir a develar el conflicto del paciente. Pero para Ferenczi parece que en ese momento primó la consideración del juguete como obstáculo resistencial a la “investigación directa psicoanalítica”, en contraste con lo que podría ser la expresión mediante el dibujo, el lenguaje (“comentarios curiosos”) o los gestos.

<sup>17</sup> Ferenczi, S. “El pequeño gallo”. En *Sexo y Psicoanálisis*. Lumen Hormé. Buenos Aires. 2001. p. 153-159.

<sup>18</sup> Ferenczi, S. *Ibid.* p. 155.

## Epílogo

En una de sus primeras sesiones, un niño de 6 años dibuja en el reverso de su caja de juguetes, la planta de una playa de estacionamiento. Con dedicación traza las líneas que delimitan las cocheras y los pasillos de circulación para los vehículos.

Introduce por la rampa de entrada cada uno de los cuatro pequeños autos (de diferentes modelos y marcas) que yo puse en su caja, y los lleva a distintas cocheras, estacionando de frente o marcha atrás. Suele haber malas maniobras, rozamientos y choques entre los automóviles. A lo largo de las primeras semanas de análisis me pide que incorpore más vehículos a su caja. No sólo autos; también camiones para diferentes usos, furgones, un vehículo de auxilio con grúa. Entre los autos tiene que haber algún “descapotable”. Llega a tener en su caja unos 15 vehículos, un poco menos que el número de cocheras.

Durante el juego se despliegan muchas situaciones. Autos que estacionan en lugares que no le corresponden, camiones que abusan de su poder para apropiarse de cocheras ajenas, el camión de auxilio que procura resolver el desorden que se puede establecer entre tantos vehículos en un lugar tan limitado, agresiones. En alguna oportunidad todo queda trabado en un desorden, y también el juego se inmoviliza, hasta que el paciente “le encuentra la vuelta” para que el tráfico de vehículos circule nuevamente.

Intervengo muy poco en las primeras sesiones. Generalmente con preguntas. Como en el texto de la contratapa de una novela, se despliega el núcleo de lo que será la narrativa de su análisis. Las fantasías de diversas formas de penetración sexual, la rivalidad, las variantes imaginarizadas del Edipo, las asimetrías de poder con los padres, actuaciones retaliativas y masoquistas en los choques, un sentimiento de encierro claustrofóbico en el espacio familiar, el deseo de ocupar lugares que son atribuidos a los hermanos, y su fuerte competencia con ellos...

Está tan compenetrado en su juego, que no me parece oportuno interpretar. Son pocos los momentos en que presumo es la oportunidad de intervenir. Esto ocurre casi siempre cuando se llega a un momento

de *impasse*, en el que mis palabras pueden destrabar el juego. Dije antes que era como la contratapa de un libro, que anuncia el temple que tiene el desarrollo o las ideas del libro. Agregó que es a la vez el prólogo, que introduce al texto por-venir.

También de cada secuencia se desprenden líneas que pueden orientar hacia avatares de la transferencia, quizás aun fuera del plano de lo preconsciente como para que sean explicitadas.

El pequeño paciente es enfático y apasionado en su juego. Yo aún no tengo un lugar definido en su transferencia y eso me permite observar su relación con sus juguetes y su juego, sin estar aún inmerso en lo que represento para él, ni en mi propia contratransferencia.

Es conmovedora la enfática pasión que pone en la relación con la narrativa de su juego, y cómo cada juguete es objeto de un protagonismo particular, que lo relaciona con sus propios objetos, aun cuando para mí sería prematuro suponer a cuál refiere cada juguete según cada secuencia del juego.

Pero insisto. Lo más llamativo es lo interiorizado que está en su propio juego. Anteriormente hablé del juguete como una reflexión no sólo óptica sino fundamentalmente elaborativa de los conflictos, en la que el juguete replica aspectos de la dramática conflictiva del niño que juega.

Se me ocurre como aporte una palabra que nos ofrece la lengua para describir este estado propio de la relación del niño con sus juguetes: "ensimismado". La voy a desglosar para explicitar cómo la estoy utilizando: "en-sí-mismado". Aludo a la involucración, a la profunda identificación consigo mismo. A la búsqueda y al encuentro con una actualidad que aunque fugaz, es una respuesta sobre su subjetividad. "Mismado" como otrora experimentó la fusión con el cuerpo y la emocionalidad de la madre. Aunque ese sentimiento ahora ha sido atravesado por la castración, y debe recurrir a una elaboración apelando a otros recursos, relacionados a las identificaciones y a la narrativa, mediante un lenguaje de habla y juego que no cesa.

Podría extenderme indefinidamente en mis elaboraciones acerca del juguete, el juego y el análisis del paciente de cuyas primeras sesiones transcribí un acotado testimonio.

Pero todo acto—y la escritura lo es—debe tener un corte. Seguramente yo mismo retomaré estas ideas para posiblemente cuestionarlas, ampliarlas o desecharlas. O serán otros colegas los que tomarán la posta. Se propicia así una permanente evolución de la teoría y de la práctica.

Sin este movimiento, el psicoanálisis no sería tal. De la misma manera que ocurre con el juego, que se desnaturaliza a sí mismo si no es retomado.

Termino entonces con una cita de un texto literario de Clarice Lispector:<sup>19</sup> “Porque lo más sorprendente es que incluso después de saberlo todo, el misterio quedó intacto”.

## Bibliografía

- BENJAMÍN, W. (1928) “Juguetes y juego. Comentario sobre una obra monumental”. En *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1989.
- (1930) “Juguetes rusos”. En *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1989.
- CALLOIS, R. *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. Fondo de Cultura Económica. México. 1944.
- FERENCZI, S. “El pequeño gallo”. En *Sexo y psicoanálisis*. Lumen Hormé. Buenos Aires. 2001.
- FREUD, S. (1919) Lo ominoso. En *Obras completas*. Amorrortu editores. Tomo XVII.
- (1920) Más allá del principio del placer. En *Obras completas*. Amorrortu editores. Tomo XVIII.
- (1927) Fetichismo. En *Obras completas*. Amorrortu editores. Tomo XXI.
- HOFFMAN, E.T.A. “El hombre de la arena”. En *Cuentos fantásticos*. Ediciones Corregidor. 2005. Buenos Aires.
- HUIZINGA, J. *Homo ludens*. Alianza/Emecé. Buenos Aires. 2002.
- LEVÍN, R. E. “Citas más importantes sobre el juego infantil en la obra de Sigmund

<sup>19</sup> Lispector, C. *Revelación de un mundo*. Adriana Hidalgo editores. Buenos Aires. 2004-2005. P. 95.

RAÚL E. LEVÍN

- Freud". Ficha docente del Seminario de Psicoanálisis de Niños del Instituto de Formación de APdeBA. Biblioteca APdeBA-IUSAM. 1992.
- *La escena inmóvil. Teoría y clínica psicoanalítica del dibujo*. Lugar Editorial. Buenos Aires. 2005.
- LISPECTOR, C. *Revelación de un mundo*. Adriana Hidalgo editores. Buenos Aires. 2004-2005.
- MANNONI, M. *El niño, su enfermedad y los otros*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1982.
- ROSOLATO, G. "El fetichismo cuyo objeto se sustrae". En *Acto psicoanalítico. Teoría y clínica*. Compilador: J. D. Nasio. Buenos Aires. 1974.
- WINNICOTT, D. *Realidad y juego*. Granica editor. Buenos Aires. 1972.